

# La muerte de un poeta

por José Fernández de la Sota

La de Valente ha sido la muerte de un poeta, nada más que la muerte de un hombre que también escribía poesía en el más alto grado, “hasta alcanzar el cero”, como él solía decir, y desde su particular trinchera (a veces algo más que defensiva) frente a unos enemigos más supuestos que reales. Porque Valente había convertido su pensamiento poético, cercano al misticismo o a esa lengua de los pájaros de que habla la tradición sufi, en una suerte de trinchera ética y estética, física y metafísica.

Uno de sus ensayos luminosos (sus ensayos, contrariamente a algunos de sus libros de poemas, fueron siempre brillantemente claros) lleva por título *Variaciones sobre el pájaro y la red*. En él habla Valente de Leonardo da Vinci (que quiso él mismo convertirse en pájaro) y de la descripción que hace Herman Melville de Rock Redondo, una apartada isla del archipiélago de las Galápagos, “donde vienen a posarse los pájaros que jamás *han tocado mástil o árbol*: pájaros-eremitas, cuyo vuelo es siempre solitario, pájaros de las nubes, que frecuentan las zonas invioladas del aire.” La identificación no puede ser más clara. Cuando se me ocurrió -hace unos cuantos años- dedicarle un colage a Valente no tuve dudas: el poeta debía aparecer convertido en un pájaro.

*No amanece el cantor* es otro de sus libros. Pero Valente sólo era un poeta, uno de los escasos poetas que entrarán en la nómina del siglo que termina. Da lo mismo que entendiésemos su arte como vehículo de comunicación o como vía de conocimiento. Un poeta, al fin y al cabo, es un tipo normal y corriente que a menudo necesita usar gafas (como Eliot) y, cuando no está calvo (como Dámaso Alonso), peinarse con una raya al lado lo mismo que Valente, que siempre tuvo pinta de escolar de posguerra, niño mayor de la poesía española desde aquel Adonais que recibió con sólo 25 años en 1954.

Hablábamos del pájaro y la red. Lo del pájaro sirve, en todo caso, para escribir ensayos luminosos, evocar bellos códices o glosar a Aristófanos. También para jugar a los colages una tarde de invierno o primavera. Pero el poeta era un hombre. El cantor no era un pájaro, era un hombre encerrado, como todos los hombres (y mujeres), en una enorme jaula construida, entre otras cosas, con silencio y palabras y tiempo, por mucho que volase de Galicia a Ginebra o de Almería a Oxford o que se declarase en rebeldía contra un franquismo agónico. Yo creo que Valente, en los últimos años, sobre todo, fue un poco prisionero de sus propias palabras y sus propios silencios. Lo de hacerse maestro de tinieblas, creo sinceramente que le alejó de muchos lectores potenciales y de algunos que le leían de antiguo, pero fue su elección y su deseo y quizás su destino. Los hombres, además, suelen cambiar. Y si los hombres cambian, ¿por qué no los poetas?

Hay quien no entiende aún o no quiere entender la evolución de José Ángel Valente desde el social-realismo de los años cincuenta al misticismo hermético de sus últimos y penúltimos libros. Un camino, por cierto, inverso al seguido por Blas de Otero, y también malamente aceptado por algunos amigos y colegas o mal-interpretado deliberadamente. Algo muy parecido sucede con las evoluciones de carácter político, anatematizadas siempre en nuestro país, con lo que se demuestra nuevamente que la poesía no es un mundo aparte, sino *realmente* el mundo. Blas abandona el misticismo *aleata* del *Cántico espiritual* y se embarca en la hermosa utopía de escribir para “la inmensa mayoría” y alguien dice que no, que no es posible, que todo eso se debe únicamente a que se ha vuelto loco y que por eso ha roto sus poemas y ha salido a la calle. Y Valente deriva de la poesía crítica y apegada a la tierra y a la calle de los años cincuenta y sesenta a la palabra “en vuelo alto y ligero” (o a la calle del Aire, que era la calle sevillana real donde, por cierto, vivía Luis Cernuda) La palabra, como decía Eliade refiriéndose al vuelo del chamán, convertida “en viaje extático al cielo y al más allá.” Y también alguien dice que Valente delira o que es un poeta con la cabeza a pájaros. Los pájaros. Nuevamente los pájaros.

La muerte iguala incluso a los poetas, y después de igualarlos en sus tumbas los coloca en su justo lugar. Valente fue un gran poeta, desabrido e injusto en ocasiones, nada afectado y cariñoso en otras. Pero todo eso ya nos da lo mismo o debería dárnoslo. Fue un poeta “en el más venenoso sentido, poeta con palabra terminada en un cero.” Oscuro y luminoso.